

Diálogos artesanales Crónicas de encuentros restaurativos

M. Alejandra Alvarez, C. Miguel Assis, Luz Barassi, Evangelina Cavanna, Diana E. Marquez, Giselle Méndez

Tres experiencias diferentes de trabajo, el mismo equipo, el desafío de desarrollar prácticas restaurativas en contextos diferentes, con poblaciones distintas y una misma modalidad virtual. La artesanía en el diseño de las prácticas se impone como un deseo de quienes integran el equipo facilitador, pero sobre todo como una necesidad imperiosa ante la divergencia de condiciones.

Los relatos que encontrarán a continuación versan sobre una experiencia de talleres con referentes de pabellones, una con jóvenes en el marco de un conflicto convivencial al interior de un dispositivo de encierro y finalmente una con un joven por daños a una propiedad. Todas estas experiencias fueron realizadas por un equipo conformado por la Asociación Víctimas por la Paz¹ (VxP) en el marco de la Asociación

¹ Víctimas por la Paz es un colectivo de víctimas de delitos de diversa gravedad que comprende que la paz social se construye promoviendo la convivencia y la integración, y que el odio o el

Pensamiento Penal para la realización de prácticas restaurativas.

Comunidad Liberté - Unidad 15 Batán

“Seguridad es convivencia, es pensar en el futuro”. Con estas palabras Diana Márquez abre el taller y nos presenta a todos y todas que nos encontramos de un lado y del otro de la pantalla. La experiencia es en el penal de máxima seguridad de Batán. Es un taller desde un espacio autogestionado por los presos de la cooperativa Liberté destinado a los referentes de los pabellones. El taller consiste en cuatro encuentros donde se trabaja la promoción de espacios de diálogo mediante la comunicación no violenta.

“Hoy perdiendo, sé que ganó”. Es una de las reflexiones que se repite en el discurso de los muchachos, un poco como aprehendida, un poco como sostén necesario, como contención de la rabia.

La música y el video de la canción de la canción Vencedores Vencidos de la banda Los redonditos de Ricota, intervenida², nos invita a reflexionar la necesidad de romper con lo binario; Vencedores-Vencidos, Ganadores-Perdedores, Buenos-Malos. La historia o el relato la escriben los vencedores. Se pone en juego “el Poder de la Palabra”: quien tiene la *palabra*, quien construye el relato tiene el poder de la *verdad*. Resistir es romper con el lenguaje, construir nuestro u otros relatos.

Los muchachos traen sus problemas: la sobrepoblación carcelaria. La construcción de alianzas como una estrategia para ser

rencor solo profundizan la violencia. No adhiere al punitivismo que pareciera regir al sentido común de la sociedad pero tampoco a la impunidad. Es una entidad disruptiva que aboga por un cambio de paradigma. Una de nuestras frases bandera es que de la cárcel queremos “recuperar vecinos”.

² <https://www.youtube.com/watch?v=t7izhZvHg9c>

escuchados, para construir la otra verdad en cooperación con el afuera, para la gestión del conflicto aunque se logren soluciones parciales.

En un nuevo encuentro, las caras son las mismas. La distancia al monitor y el uso de un micrófono que cuesta conectar dilata el comienzo y, a la vez, ayuda a generar los primeros diálogos de preparación. La Comunicación No Violenta nos convoca en esta nueva reunión. En todo conflicto, hay una persona que tiene más poder que otra. Para pensar en la Comunicación No Violenta, tenemos que pensar en una relación de paridad.

“¿Qué los hace felices?” es el disparador: La familia, el contacto y la comunicación con ellos fue la reflexión de todos los presentes. Pensar los conflictos y la comunicación con aquellos que queremos y que nos hacen felices. Un mural y sentimientos que conectan el afuera con el adentro: *“De una tristeza puede surgir un sentimiento de alegría”*. *“De lo malo se puede sacar lo bueno”*. *“O te quedas rebelde y lastimado. Todos estamos lastimados en nuestro interior y por eso de adultos lastimamos a otros”*. La necesidad de escuchar al otro incluso si no estoy de acuerdo, estar disponible para el otro.

Los muchachos marcan lo diferente de la vida en el pabellón, la vida en la cárcel, diferente a la comunicación con las familias, incluso dentro del espacio de Liberté. Ahora hablan como grupo, usan “su verdad” como muestra de poder, esa verdad que se vive detrás de los muros, esa verdad que se cuenta con rabia, que pareciera escapar de la boca aunque no quieras. *“Porque ustedes no saben como son las cosas acá”* repiten en varios encuentros. Hablan de la necesidad de cuidarse y aparecen estrategias de comunicación donde los gestos y demostrar sus sentimientos deben ser medidos en

detalle para no provocar una catarata de emociones y reacciones en los otros o en ellos mismos. Los problemas a diario coinciden y, desde una complicidad de ese adentro, hablan de la “subcultura del adentro” y de que para cada situación hay una forma diferente de resolución.

Otro encuentro. La distancia y la virtualidad nos obstaculizan visualizar una situación de tensión y malestar que cambia el ánimo y la predisposición para el taller. “Las herramientas para la gestión de los conflictos” es el tema que nos convoca. El grupo de muchachos se muestra molesto. Otra vez las relaciones de poder y las violencias vividas en el encierro aparecen, interrumpen, brotan, se escupen en el espacio. No importa el tema que traigan los de afuera porque la realidad de adentro es ensordecedora y necesita mostrarse y desparramarse por todo el taller.

En medio de un relato avasallante, que intenta presentarse con respeto pero que atropella; que no busca un diálogo, sino más bien mostrar, gritar, sacar para afuera, aparecen las estrategias, el colectivo Liberté como estrategia de puente con el afuera, como estrategia de contención, como espacio de escape, de mirar hacia el futuro. Los muchachos se muestran cansados en sus relatos. No pueden unir sus propios recursos como herramientas de resolución, con la dinámica que nosotros les traemos, pero pueden usar el espacio para construir su relato, su verdad. Y nosotros estamos ahí para escucharlos.

Un último encuentro. Hablamos de la cultura del endurecimiento, del orgullo, intentando explicar y entender qué es lo que sería esperable desandar para volver a empezar, para volver al afuera con nuevas herramientas de todo tipo. Herramientas que podemos darnos entre Liberté, Víctimas

por la Paz y el equipo del cual ya somos parte todos.

Marcos Paz

Una pelea, entre dos efímeras alianzas de adolescentes, en un pabellón, ¿Cómo empieza? No se sabe muy bien, será cuestión de miradas que brillan, de tensiones que pulsan en el espacio, de cansancios y furias sin nombre, de tiempos que ocurren elásticos, de mandatos de respuesta aprendidos, de identidades varoniles que llaman. Golpear para sentir la vitalidad de lo que está, protestar y expresarlo todo en un minuto, exudar enojos anudados en las gargantas, y a fuerza de no poder tirar paredes que atormentan, destruir todo lo que allí se presente como frente de batalla. La rotura de mobiliario y vidrios del pabellón, convierte al Estado en víctima y a los insumisos, en causantes.

Varios meses después, complicidades que creen en la palabra, espera, bajo un sinfín de dificultades técnicas, que cada cuadradito en la pantalla sea habitado por un rostro y un nombre, cristal de infinitas historias y porvenires. Querer estar presente y no poder, poder y no querer, hacerse el sota o estar al pie, brindarse a la curiosidad y sondear a los demás. Pensar en la conveniencia del asunto, recordar la gloria de la furia, gestualizar saludos y ensayar picardías. ¿Por dónde va el enojo? No se sabe muy bien, se escurre. Transmuta en pasividad, en resistencia a estar ahí, fuga hacia un atisbo de curiosidad, se incomoda cuando alguien recuerda la voluntariedad de cada quien en el proceso.

La astucia se presenta como audiovisual de un programa deportivo, televisivo, en el que se discute sobre la patada que un jugador de fútbol quiebra a otro y en el que todos pierden: el pateador, suspendido, el pateado, al hospital, lesionado. Ninguno de

los dos podrá seguir jugando por algún tiempo. Manos a la obra, entramos en tarea, el oficio de pensar y hacer cercanos a los pensamientos con las emociones que bullen, y si no, despertarlas. Todo aquel dado a la palabra, alguna vez hirió y fue también, ciertamente herido. Hay un llamado a responder por los dolores que se han causado, y también a responder por el dolor que sobrevino cuando sin saberlo, nos brindábamos y estábamos ahí, lanzados a vivir con los demás.

Hacia el cuarto y final encuentro, una juventud ya fuera de la cárcel, advierte que lo sucedido en aquel entonces, no ha dejado en ella, rastros de rencor. Se agolpan buenos augurios para los demás. Varios coinciden en que la lejana pelea fue “*cosa de pibes*”, nace un “*ya fue*” y un “*no tengo problemas con vos*”. Se escuchan voces críticas al tratamiento carcelario, se sostienen y objetan punitivismos habitantes en los mismos cuerpos castigados por el Estado ¿víctima? Alguien expresa lo difícil, cansador y triste que es también el afuera de la cárcel. Se comparte la pérdida de un hermano y se reciben pésames. Alguien habla tan como psicólogo que se le otorga un título anticipado.

La despedida se impone como límite del proceso, del acuerdo, de lo que podemos como equipo, escuchar y decir. La despedida se presenta como promesa de encuentros como este, no importa entre quienes, para celebrar que la vida, a veces secretamente, ofrece otra posibilidad, y otra más.

El Graffitero

¿Arte? ¿Escrache? ¿Protesta social? ¿Vandalismo? ¿Delito? ¿Conflicto? ¿Qué es y qué debe hacer el Estado frente a los graffitis y a los graffiteros? ¿Qué debemos hacer los/as operadores/as del sistema penal frente a una solicitud de intervención

de estas características? ¿Corrección?
¿Rehabilitación?

La historia del Estado y sus intervenciones con los adolescentes es, en parte, una historia sobre la normalización de la adolescencia y la búsqueda de eliminar o al menos reducir los conflictos suscitados en y por ella.

Un pibe³ del conurbano es aprehendido por la policía por grafitear trenes con su nombre e imputado posteriormente por el delito de daños a bienes públicos (art. 45 y 184, inc. 5 en función del art. 183 del CP). A propuesta de la defensa, se da lugar a la asociación Víctimas por la Paz, para que “logre sensibilizar y/o reflexionar sobre las formas de gestionar la conflictividad en su vida cotidiana, qué consecuencias se desprenden de los actos propios en el resto de la comunidad, a la vez que posibilitar la construcción del diálogo de y una comunidad pacífica (sic)” y así, además, lograr la extinción de la acción penal. Un equipo de trabajo (de psicología, trabajo social, abogacía y antropología) es convocado para abordar la situación. Muchas preguntas surgen en el interior del equipo: ¿podemos hablar de un conflicto?, ¿quién es la parte damnificada?, ¿cómo no reproducir el orden social por medio de nuestra intervención?, ¿qué deberíamos hacer concretamente frente al adolescente: invitarlo a finalizar sus conductas de “vandalismo”?, ¿qué preposición usar: hacer “con”, “desde”, “hacia”, “para” el adolescente? Cada preposición implicaba un deslizamiento semántico y una praxis absolutamente diferente. ¿Debíamos

legitimar sus fines mas no así los medios, instándole a adecuar su producción artística a medios y objetos no prohibidos? Las aguas parecían divididas.

En el devenir de los encuentros, nos hallábamos nosotros mismos en sus conductas. Pintadas y murales en la adolescencia, en el encuentro con él surgía la transgresión como un jano bifronte de dos caras: el conflicto con el mundo adulto por un lado; la potencia de lo constitutivo por el otro y el afán de probar los límites para conocerse y conocer el mundo.

Dejar marca es una forma de incluirse en un contexto signado por la exclusión ¿qué hacer frente a la demanda puntual de intervención de “resocialización” que no lo interpreta de esta manera?, ¿cuál es y debe ser el límite al imperativo transformador del Estado que se expresa en la resocialización? ¿Cómo no caer como profesionales en una lógica de disciplinamiento del cuerpo? ¿Podemos reparar los vínculos más allá de lo que pensamos que tenemos que hacer en torno al delito/conflicto?

Con la aguja de la brújula puesta en la reflexión, el proceso se construyó como un diálogo sin imperativos en el que acompañar procesos no era dirigir comportamientos, sino habilitar con la palabra otros escenarios posibles. Desde un diálogo abierto, desde un posicionamiento honesto de compartir saberes y experiencias, significantes y percepciones, aparecieron otros intereses, otras posibilidades de acción en ese transitar adolescente. Juntos reflexionamos sobre las consecuencias, las que no esperábamos, las que no conocíamos, las que buscábamos de alguna manera. Y en ese ida y vuelta él fue construyendo alternativas posibles para dar lugar a sus motivaciones y continuar expresando su arte, ampliando a su vez el sentido de la reparación a los vínculos que él

³ Usar “pibe” en lugar de “adolescentes” o “jóvenes” es una decisión política. Sugiero en torno a esto el libro *¿Quién lleva la gorra?* Consultado el 14 de noviembre de 2022: <https://scpopularymasiva.files.wordpress.com/2019/04/quien-lleva.....pdf>

mismo necesitaba reparar, llevando también las herramientas a vínculos que merecen la pena ser restaurados.

¿Por qué apostamos a construir espacios restaurativos desde VXP?

Cuando pensamos en la inclusión de víctimas en procesos penales, parte del imaginario social construye una posición vindicativa, en la que pareciera que la única respuesta posible es contribuir con dolor al dolor generado. Pero pocos sostenemos e imaginamos otras posiciones, opciones que se constituyan como horizontes incómodos pero con caminos que pacifican a largo plazo y construyen una cultura del diálogo.

Las crónicas compartidas dan cuenta de que en cada intervención del equipo interdisciplinario de Víctimas por la Paz (VxP) se ha procurado entablar conversaciones allí donde el sistema de justicia tradicional obra con actos de clausura a toda discusión, situando de manera aparentemente inequívoca, quiénes son los ofensores y quiénes los ofendidos. Esas fijeza gramaticales duelen y estallan por todos lados derramando aún más violencia. Desde esos lugares punitivos cualquier pedagogía se torna imposible, impotente, escénica, sutil, pero tenaz, castigadora.

El arte de la conversación, por el contrario, implica brindarse a la diseminación de lo que allí se presenta primeramente como dolor vestido de queja, de desconfianza, de resentimiento, de ajenidad. Hay, puede haber, intentamos haya disposición para que el dolor se exprese desde los muros de una cárcel o desde las pantallas de un zoom. Y después, si se puede, si se quiere, construir posibilidades. Algunas veces inclusive los deslizamientos de las memorias y los giros de las anécdotas re versionadas se configuraron como

trampolines parlanchines que nos hicieron reír al mismo tiempo, milagrosamente, estallando de una efímera, inexplicable y preciosa alegría.

Sostener la escucha, vaciar la conversación de asignaciones y prejuicios, cobijar el dolor, pero también la rabia y el rencor, es práctica restaurativa. Brindarnos a la conversación es sobre todo, escuchar aquello que allí se presenta, es bancar. Es aceptación, es un sí sin pre condiciones. Es hospedaje para que circule la palabra y también el silencio. Es restaurar eso que está, latente, vivo, entre estos y estas que somos. Es confiar en que la palabra y el silencio son potencia impersonal, es decir que no pertenecen a nadie y a la vez pueden habitarnos.

Esto de escuchar y brindarse a la palabra es una práctica del don que, al justamente darse, nutre a quien lo da y toca a los que puede. Instaura en acto otros modos de gestionar conflictos. Es decir, modos de contacto menos violentos, replicables, espirales virtuosos, prácticas no técnicas.